El fin del milenio: reflexiones en torno a la guerra económica

Hilda Varela Barraza*

"La guerra es un infierno, lo que se aplica tanto a la guerra económica como a otras guerras, pero la versión económica hace el infierno atractivo"

M. Silva y B. Bjögren

A lo largo de la historia, la guerra internacional ha constituido una prueba de fuerza militar llevada a extremos límite, decidida por líderes políticos y con un objetivo esencialmente político, con significativas implicaciones económicas, sobre todo cuando se registra un acelerado cambio tecnológico, en cuyo contexto la destrucción provocada por la guerra estimula la producción, incrementa nuevas formas de demanda y facilita la adaptación al cambio tecnológico.

La larga (y aparente) paz internacional que siguió al fin de la Segunda Guerra Mundial demostró que el equilibrio de poder nuclear era estable y "seguro" para las grandes potencias, pero no eliminó la posibilidad de guerra en la regiones periféricas. Klaus Knorr,[1] desde mediados de la década de 1960, sostuvo la tesis de que en comparación con otras épocas históricas, la era nuclear se caracterizaría en forma creciente por la *declinación del valor del poderío militar* en la escena internacional, con la tendencia a la disminución de grandes guerras entre aquellos Estados determinantes para el orden mundial.

La guerra internacional es un instrumento de cambio y de adaptación (brutal) en periodos de transformación tecnológica y económica. Quincy Wright[2] afirmaba que mientras más profundo sea el cambio tecnológico, mayor será la frecuencia y la severidad de las guerras internacionales.

Desde hace algunos años la realidad internacional está sacudida hasta sus raíces por la emergencia de complejos y novedosos procesos de difícil lectura, que aunados a la persistencia de viejos conflictos y a la acentuación de otros, que parecen incompatibles con el ritmo acelerado del cambio internacional, ahondan la percepción confusa del momento actual como un punto de no-retorno en la historia de la humanidad.

La revolución científico-tecnológica[3] iniciada en los años setenta y acentuada en los ochenta estimuló estos cambios profundos en la realidad internacional, convertida ahora en mundial e interdependiente, del fin del milenio, que se define en gran medida por un clima de incertidumbre.

"La situación actual ve desaparecer todas las certidumbres: la erosión de la economía estatal se combina con un capitalismo aún muy especulativo; el Estado incluso no llega a cumplir sus misiones, mientras que la nueva forma de economía no fun-

*Responsable del área de Relaciones Internacionales de la División de Estudios de Posgrado y profesora del Centro de Relaciones Internacionales.

Relaciones Internacionales, vol. XIII, núm. 52, septiembre-diciembre 1991, UNAM.

[1] Knorr, K., "On the International Uses of Military in the Contemporary World" en Ch. Kegley and E. Wittkropf (ed.) *The global agenda*. New York, Random House, 1984, p. 59.

[2] Wright, Q., "The Causes of War" en Kegley and Wittkropf, *op. cit.*, p. 37.

[3] Guadarrama, R., "La tercera revolución científico-tecnológica de la humanidad", *Estudios Políticos*, vol. 17, 1988, pp. 6-7. A su vez, S. Arguedas explica dicha revolución como "El Frankestein creado por el capitalismo en apuros a partir de la crisis económica de los primeros años setenta (o últimos sesenta). La necesidad de "innovación tecnológica" ... precipitó la revolución tecnológica que hoy presenciamos, gracias a la acumulación de conocimientos científicos y técnicos inducidos por las exigencias de la carrera armamentista, principalmente" S. Arguedas, "El mundo en que vivimos II (Variaciones sobre el mismo tema)", *Estudios Políticos*, núm. 3., 1990, p. 82.

ciona aún en realidad; la desintegración de la economía planificada se acompaña de una insuficiente capacidad de integración de un nuevo mercado; en fin los hombres y las mujeres no saben ya en qué confiar para organizar su vida cotidiana... La dinamización de todas las relaciones sociales hace resurgir las contradicciones que se creían superadas y los problemas que se pensaban corregidos".[4]

Ante la profundas transformaciones que sufre la realidad internacional, descrita a veces como una vorágine que amenaza con arrasar con todo lo existente, la guerra como fenómeno político y como prueba de fuerza bélica parecía sucumbir en forma apresurada, para asumir formas y naturaleza distintas. La Guerra del Golfo asestó un golpe a esta falsa percepción: la guerra entre grandes potencias tiende a ser cada vez menos viable, pero la solución militar, como expresión de poder de las grandes potencias en sus relaciones con Estados periféricos, tiende a ser cada vez más determinante. Así, a partir de este clima incierto, tanto en la teoría como en la realidad, estas reflexiones giran en torno a tres premisas centrales:

—la comprensión de la presente coyuntura como una onda larga depresiva, en la que coinciden el declive (relativo) de la posición internacional de Estados Unidos, la configuración de emergentes potencias regionales e internacionales y el agotamiento del discurso de legitimación de la modernidad,

—la realidad mundial es cualitativamente nueva, sobre todo por la especificidad y por la complejización del nexo entre economía y política, nexo en el que se articulan dos lógicas (la de la economía de mercado y la del Estado) muchas veces conflictivas y ahora orgánicamente interdependientes, con la configuración de cambios estructurales en la economía mundial (nueva división internacional del trabajo, transformación del proceso productivo y de trabajo, nuevos esquemas de inversiones y nuevos criterios económicos) y cambios en la correlación de fuerzas mundiales, y

—la dificultad de aprehender científicamente esta nueva realidad con los instrumentos de conocimiento pre-existentes, lo que exige la elaboración de nuevas categorías analíticas.

En este sentido, y tomando como referente empírico a la recientemente concluida Guerra del Golfo, en este trabajo se busca plantear las variables nucleares de una nueva categoría analítica, formulada aquí sólo a nivel de hipótesis, en cuanto al surgimiento de una nueva forma de *guerra global*, de conflicto fundamental que se determina no por sus causas inmediatas sino por que del resultado de este tipo de guerras se define cuál Estado será determinante en la elaboración de un orden mundial en gestación. Este tipo de *guerra global* se expresa con mayor fuerza en el terreno económico (a diferencia de la forma clásica de *guerra global*), en gran medida por el nexo tan específico que asume ahora la economía con la política, pero sería una simplificación presentar a este nuevo tipo de *guerra global* como un fenómeno *exclusivamente* económico.

La primera dificultad que se enfrenta al abordar el tema se ubica en la imprecisión ontológica de términos viejos y nuevos, en la ambigüedad de un lenguaje que supuestamente debería ser científico (riguroso y preciso), en la proliferación de nuevos vocablos, muchas veces confusos, y en predominio de esquemas interpretativos que, con base en la incertidumbre que caracteriza a esta coyuntura y ante la crisis del socialismo, proclaman un capitalismo económicamente posesivista y políticamente conservador,[5] con la renuncia voluntaria al pensamiento crítico.

> "La profunda crisis actual, lo apremiante e incierto del presente y la incapacidad para comprender cabalmente los cambios de nuestros días, son también factores que obstaculizan la tarea monumental, riesgosa, pero al fin de cuentas inevitable, de pensar el futuro."[6]

La guerra armada

En la acepción clásica y en sentido riguroso, el concepto de guerra lleva implícito el uso de la fuerza armada[7] y hablar de guerra *armada* podría parecer tautológico, aunque en épocas recientes ha sido aplicado en sentido figurado para describir situaciones conflictivas y caracterizadas por la violencia extrema no necesariamente militar. Esta

[4] Schlögel, K., "La Transition Dramatique vers la Nouvelle Normalité L'Europe à la fin de L'Apres Guerre", *Politique Étrangère*, vol. 54, núm. 3, 1989, p. 433. *Cfr.* S. Arguedas *op. cit.* pp. 77-82.

[5] *Cfr.* Orozco, J.L., "En torno al nuevo milenio liberal" *Relaciones Internacionales*, vol. XII, núm. 50, 1991, pp. 8-19; L. González Souza, "México ante el'neoglobalismo' de Estados Unidos", *Estrategia*, núm. 97, 1991, pp. 28-30; B. Mc. Cartan, "Defense or opulence? Trade and security in the 1990s", *SAIS Review*, vol. 11, núm. 1, 1991, pp. 133 y ss.; P. Drucker, *The new realities*. New York, Harper and Row, 1989.

[6] Cuadra, H., "Acerca de los estudios del futuro", *Relaciones Internacionales*, vol. XIII, núm. 50, 1991, p. 21.

[7] Para Bouthoul las características distintivas de la guerra son: "1. Es un fenómeno colectivo, 2. Es una lucha a mano armada, 3. Tiene un carácter jurídico", N. Bobbio y N. Matteucci, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, p. 762. *Cfr.* R. Aron, *Paz y guerra entre las naciones*. Madrid, Alianza Editorial, 1985, pp. 49-70.

variante acentúa la confusión en relación con el tema que es núcleo de esta reflexión y por esta razón, con fines metodológicos, hemos introducido dos criterios elementales, que sin pretender ser exhaustivos, permiten precisar nuestra hipótesis. El primer criterio, el más importante, es en cuanto a la *naturaleza* (cualidad distintiva) de la guerra y el segundo criterio está relacionado con los mecanismos en que se apoya una guerra para su realización.

Desde el periodo clásico de Grecia se ha hecho referencia a las guerras armadas económicas,[8] como intento de recuperar ventajas económicas perdidas por un Estado relevante en la realidad internacional, aunque casi siempre con un contenido impreciso y como una excepción de la forma predominante de guerra, cuya naturaleza sería esencialmente *política*.

El estratega prusiano Karl von Clausewitz, en 1833, afirmó que la guerra (militar) no es otra cosa que la política por otros medios, marcando dicha frase una tácita identificación entre guerra y política, identificación ampliamente aceptada en la tradición occidental. Toda guerra internacional surge siempre por una situación política y resulta de un motivo político, sostenía Clausewitz. Por lo tanto la guerra es un acto político y un instrumento de la política: la guerra no puede ser separada del proceso político en el que se gesta y evoluciona.[9]

Por su parte el político francés Alexis de Tocqueville introdujo la tesis de que las democracias son más pacíficas que otras formas de gobierno,[10] acentuando el nexo entre proceso político y guerra.

La definición de Clausewitz, que parte de la naturaleza de la guerra y no tanto de sus causas inmediatas o de los mecanismos de realización, sirvió de fundamento a diversos trabajos vinculados con la guerra internacional. Raymond Aron[11] sostuvo que las guerras consideradas como económicas están determinadas por conflictos políticos: son expresión de éstos y no su causa. De acuerdo a la larga tradición de pensamiento, en la tesis de Aron la política precede a la economía, en cuyo contexto la guerra:

> "en tanto que acto social, supone una pluralidad de voluntades encontradas, es decir de colectividades políticamente organizadas. Cada una quiere ganarle la partida a la otra".[12]

En este nivel el primer criterio de distinción emerge de la definición de la naturaleza de la guerra: históricamente las guerras internacionales han sido en forma predominante de naturaleza política, sobre todo cuando se trata de esos conflictos que afectan sensiblemente la correlación de fuerzas internacionales, cuando están en juego rivalidades fundamentales, cuyo objetivo y causa es el predominio de una potencia hegemónica, en coyunturas definidas por la inestabilidad, ante el deterioro de la potencia líder, la configuración de potencias emergentes y con cambios significativos en la estructura económica internacional.

La *guerra global*, en la acepción clásica, es un tipo de conflicto bélico que involucra tanto a una gran potencia cuyo poder a nivel internacional se ha debilitado, como a Estados (potencias emergentes) que cuestionan el predominio y las reglas del juego establecidas por la potencia líder, en una zona calificada como prioritaria (estratégica) para la seguridad del sistema internacional y para los intereses de la potencia dominante. Este cuestionamiento no implica necesariamente un antagonismo ideológico, sino fundamentalmente una pugna político-militar por la supremacía internacional.

De la geopolítica a la geoeconomía

En este tipo de conflictos *(guerra global)* independientemente de las justificaciones dadas por los políticos y estrategas militares de los bandos en disputa o de las causas inmediatas que los desencadenan, lo que está en juego en última instancia es la capacidad de control (eminentemente política) de la gran potencia. Estos conflictos resuelven el problema quién ejercerá la hegemonía a nivel mundial cuando el equilibrio de fuerzas internacionales está alterado y por lo tanto, en el plano histórico, las *guerras globales* han estado orgánicamente unidas a las determinaciones geopolíticas al reparto del mundo en zonas de influencia. La dos guerras mundiales del presente siglo fueron *guerras globales*.

En síntesis todas las *guerras globales* registradas en la modernidad (en el capitalismo) han sido de

[8] "Factores económicos han jugado un papel importante en las relaciones internacionales a lo largo de la historia. Objetivos económicos, recursos e instrumentos de política exterior siempre han sido elementos significativos en la lucha entre grupos políticos ... En el siglo quinto A.C., el cierre por parte de Atenas de los puertos de la liga de aliados de su rival espartaco proporcionó uno de los primeros casos registrados de guerra económica. La historia ha estado llena con ejemplos similares del papel de factores económicos en los asuntos de las naciones" R. Gilpin, *The Political Economy of International Relations*. Princeton Univ. Press, 1987, pp. 3-4 *Cfr.* I. Wallerstein, *El moderno sistema mundial* II. México, Siglo XXI, 1984, pp. 260-261, 310.

[9] Clausewitz, Karl Von "What is war?" en R. Pfaltzgraff (ed.) *Politics and the International System*. Philadelphia, J.B. Lippincott Co., 1969, pp. 171-173.

[10] De Tocqueville, A., *Democracy in America*. New York, Harper and Row, 1966, pp. 636-640, 624 y ss.

[11] Aron, R., *op. cit.*, p. 862.

[12] *Ibid.*, p. 49.

naturaleza política y en su análisis intervienen variables fundamentales para el orden mundial, tales como zonas de influencia, seguridad internacional, determinación de la estrategia geo-política dominante, la definición del enemigo (a nivel del sistema internacional) y la determinación de la jerarquía de poder internacional, con el predominio de la seguridad militar.

Es importante subrayar que tanto el poder como la delimitación de zonas de influencia y del concepto de gran potencia han estado cimentados en términos militares y estrechamente vinculados a la guerra en su acepción más clásica (o sea de naturaleza política y con mecanismos militares).[13]

Por lo general los análisis que ubican a la Guerra del Golfo como la expresión de un nuevo tipo de conflicto y de una nueva forma de capitalismo, que tenderá a ser el tipo predominante de guerra en el próximo milenio, parten de la tesis ampliamente difundida de que los conflictos globales en la nueva realidad mundial asumirán cada vez más la forma de guerras de naturaleza económica, o sea que serían *guerras globales* económicas (no políticas), con el desplazamiento de los criterios geo-políticos y con el debilitamiento de la seguridad militar, para dar paso a la nueva lógica geoeconómica.

Los dos pilares de esta forma de *guerra global* de naturaleza económica exclusivamente, serían la alta tecnología y el capital. Lo que estaría en juego en última instancia no sería la hegemonía mundial (la capacidad de dirección política), sino qué tipo de alta tecnología y qué tipo de forma de capital serían predominantes en una economía de mercado mundial operada por fuerzas autónomas. Serían conflictos gestados en las nuevas relaciones económicas interdependientes y plurales y no en las relaciones políticas entre Estados.[14]

Esta tesis se inscribe en la escuela de pensamiento del *liberalismo total* poshistórico, que sostiene que en el próximo siglo la economía de mercado afectará la distribución de riqueza y de poder entre los Estados. En principio, cualquier país puede aprovechar las oportunidades del mercado transnacional, pero en la práctica los individuos, las empresas y los Estados están dotados en forma diferenciada y con una situación distinta para aprovechar estas oportunidades "despolitizadas" y por lo tanto el crecimiento de la riqueza y la distribución de actividades económicas a nivel mundial tienden a ser desiguales, favoreciendo sólo a algunos países "económicamente" mejor dotados para "crear valor".[15] En este nivel, los Estados tratan de "guiar" las fuerzas de mercado (autónomas, técnicas y despolitizadas), provocando rivalidades económicas y conflictos armados.

De acuerdo a estos planteamientos, la desigualdad entre países y/o regiones no tendrá una naturaleza política (explotación, hegemonía), sino que dependerá esencialmente de habilidades técnicas para producir y consumir, de la capacidad de adaptación al cambio (innovación e integración) y de la habilidad política para aprovechar las coyunturas: "*ambitious anough* para participar en la economía global".[16]

De acuerdo a la tesis del *liberalismo total* (poshistórico y poshegemónico) la combinación entre la alta tecnología, la información y el capital puede transformar una economía antes subdesarrollada en competidora de alta tecnología, perdiendo sentido categorías como desarrollo-subdesarrollo, países industrializados-países no industrializados y sobre todo centro-periferia. El ejemplo, según esta tesis, serían los Cuatro Tigres asiáticos (Corea del Sur, Singapur, Hong Kong y Taiwán): ni el tamaño del país o del mercado interno ni la falta de recursos naturales estratégicos son obstáculo para el desarrollo económico. De igual forma, la seguridad de estos países no está cimentada en términos militares.[17]

La seguridad nacional, en este esquema, carece de sentido: es definida en términos colectivos y globales y, siguiendo la línea de pensamiento de que las democracias son más pacíficas, se parte del supuesto de que la nueva economía interdependiente incrementa la seguridad colectiva, es más estable y se aleja de las soluciones bélicas.

Entre los teóricos del *liberalismo total* hay distintas corrientes, entre las que destacan los trabajos de F. Fukuyama y la tendencia poshistórica,[18] la vertiente neo-realista de J. Nye, R. Keohane, B. Sjögren y R. Gilpin. Sin lugar a dudas la corriente más conocida (y probablemente la más simplista) es la de la Triada mundial o del mundo triado *(Triad World, Triad Connection)*, que se apoya en la interpretación de la coyuntura actual como un periodo de transición de la realidad internacional, que evoluciona hacia un mundo unificado en lo económico en torno a tres tecnocentros productivos, interdependiente y complejo, con base en el capitalismo como metodología mundial (única),

[13] *Cfr.* Holsti, K.J., "Power, Capability and Influence" en Kegley and Wittkopf *op. cit.*, p. 13 y ss.

[14] Drucker, P., *op. cit.*, p. 45; K. Ohmae, *The Borderless World*. New York, Harper Business, 1990, pp. 13-14.

[15] Gilpin, R., *op. cit.*, pp. 23-24; K. Ohmae, *op. cit.*, p. 12.

[16] Ohmae, K., *op. cit.*, p. 12: P. Drucker, *op. cit.*, p. 137.

[17] Ohmae, K., *op. cit.*, p. 181.

[18] Orozco, J.L., "En torno al nuevo...".

pero diverso, plural y fragmentario en los planos político y cultural.

La corriente de la Triada tiene su origen en los trabajos realizados por separado por dos famosos hombres de negocios, uno estadunidense (Peter Drucker) y el otro japonés (Kenichi Ohmae), sostiene la lenta configuración de una Triada mundial, planteada en términos exclusivamente económicos, y que su vez determinará un nuevo reparto del mundo, al margen de consideraciones políticas y con el desplazamiento del poderío militar, que tenderá a volverse secundario.[19]

El desplazamiento de la geopolítica hacia una nueva lógica geoeconómica es calificada como la consecuencia natural (objetiva) de eventos mundiales, esencialmente económicos, generados a partir de la tercera revolución científica y tecnológica (transformación del proceso productivo y de trabajo, nueva división mundial del trabajo). El impulso de estos eventos mundiales residiría en las fuerzas de consumo (capital y consorcios), sin intervención directa de la voluntad política.

En la tesis de la Triada las variables centrales son:

—la *proximidad* geográfica,

—la integración de una economía mundial interdependiente de mercado en torno a la Triada (Estados Unidos, Comunidades Europeas y Japón) con base en tres grandes bloques económicos (las Américas, Europa y Asia), y

—la globalización y mundialización del consumo y de la producción de mercancías (bienes) y de servicios.

El núcleo estructural de este nuevo orden mundial poshegemónico no sería la política (como hasta ahora había sucedido) sino fuerzas técnicas (económicas), despersonalizadas y políticas. Un elemento fundamental de este nuevo orden sería la alta tecnología, expresada en la forma abreviada en inglés de *high tech (high technology).*

La tecnología militar, especialmente nuclear, sostienen M. Silva y B. Sjögren,[20] proporcionó el esquema de determinación del poder y el ímpetu para los rangos geopolíticos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial (a mediados de los años 1940) hasta la conclusión de la Segunda Guerra Fría (en 1989). Ahora, según estos autores, el nuevo poder mundial (global) se determina en términos de consumo y de producción, el futuro involucra integración (más que innovación) vía *high tech.* La verdadera guerra *(global),* afirman M. Silva y B. Sjögren, no se llevará a cabo con mecanismos militares, sino con computadoras, *high tech,* etc.

Las armas perdieron su capacidad militar, afirma P. Drucker.[21] Las armas pueden ganar batallas pero no pueden decidir guerras, ni defender países ni garantizar la seguridad de un Estado. La guerra, enfatizaba Drucker antes de estallar el conflicto del Golfo, ya no puede seguir siendo considerada como la continuación de la política por otros medios: es la declinación de las fuerzas militares como núcleo estructurador de la seguridad del sistema internacional.

En estos planteamientos, muy esquemáticos, están implícitos la determinación del nuevo reparto mundial de fin de siglo y, sobre todo, los criterios básicos de las *guerras globales.* La zona de influencia "natural" de cada tecnocentro (polo) de la Triada emana de la *proximidad,* a diferencia por ejemplo de lo sucedido durante el reparto en zonas de influencia política del periodo de entreguerras (en que se buscaban territorios de ultramar, geográficamente lejanos) y además supone la existencia objetiva de una integración vía la economía de mercado.

De acuerdo a esta línea de pensamiento (del *liberalismo total),* el nuevo reparto del mundo no presupone *a priori* ni el estallido de *guerras globales* ni de conflictos armados de menor escala, aunque no los excluye. El uso de la fuerza militar tendería a declinar para el arreglo de disputas, que serían esencialmente económicas, entre Estados del interior de la Triada, que según K. Ohmae constituirá una "isla" más grande que un continente. Sin embargo, el poderío militar puede ser determinante para solucionar conflictos generados entre los Estados determinantes para la economía global y aquéllos ubicados en los "márgenes" de la Triada.

Para el polo de las Américas, el tecnocentro ya está constituido por Estados Unidos y Canadá y su zona "natural" es el resto del continente americano y el Caribe. Para Japón (tecnocentro) su zona está conformada por sus aliados estratégicos (los Cuatro Tigres) y por gran parte de Asia (excluyendo a la India). Por último, para Europa el núcleo estaría conformado por las Comunidades Europeas (CE), aliadas con la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA)[22] y su zona "natural" sería la región Este del continente y la Unión Soviética.

[19] Drucker, P., atribuye el término directamente a Kenichi Ohmae. *Cfr.* P. Drucker, *op. cit.,* p. 153; K. Ohmae, *op. cit.,* pp. 12, 24 y ss, 180-181, M. Silva and B. Sjögren, *Europe 1992 and the new World Power Game.* New York, John Wiley and Sons, 1990, pp. 264-268.

[20] Silva, M., and B. Sjögren, *op. cit.,* p. 27.

[21] Drucker, P., *op. cit.,* p. 45.

[22] *Cfr.* Rosas González, C., "La Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA) y la integración económica europea", *Relaciones Internacionales,* vol. XII, núm. 48, 1990, pp. 47-56; M. Silva and B. Sjögren, *op. cit.,* pp. 276 y ss.

Los problemas vinculados con el nuevo reparto y potencialmente detonadores de una *guerra global* y de conflictos armados regionales, parten de dos criterios básicos:

—las regiones con recursos naturales calificados por Occidente como estratégicos (en especial el petróleo), sobre todo en las partes del mundo no comprendidas en los tres grandes bloques de la Triada, y

—las regiones políticamente inestables, "anacrónicas", del norte de Africa, Africa sudsahariana y Asia sudoccidental (zona conocida usualmente como Medio Oriente).

Resulta claro que en gran medida estos dos criterios para distinguir "problemas potenciales" coinciden: la península arábiga, por ejemplo, es estratégica por sus recursos petroleros, no está incluida en los repartos básicos de la Triada y es políticamente inestable, con conflictos locales (políticos, étnicos, nacionales) que se suponen "incoherentes" con el capitalismo global.

En este sentido, la nueva forma de *guerra global* en el marco de la tesis de *liberalismo total*, tendría una naturaleza económica, vinculada con el nuevo reparto y con los criterios antes enunciados y podría utilizar mecanismos militares. Estos planteamientos ahondan la confusión, sobre todo por el uso muchas veces coloquial del término guerra económica, identificado en el sentido figurado como equivalente de guerras comerciales (no militares) y de alcances limitados.

Por fines metodológicos, denominamos a éstas como guerras económico-comerciales, por oposición a las guerras económicas *globales*, o sea las guerras que supuestamente (según la corriente de la Triada) tienen una naturaleza exclusivamente económica pero que tienden a decidir el nuevo reparto del mundo en zonas económicas de influencia. En este nivel se encuentra el segundo criterio de distinción de las guerras aquí abordadas: en cuanto a sus mecanismos.

Las económico-comerciales son guerras muy específicas, no *globales*, no militares, son más o menos prolongadas y apoyadas en mecanismos predominantemente económicos, sería la forma de conflicto que asumiría la competencia entre los tres polos de la Triada para penetrar en el mercado de un bloque económicamente rival, pero políticamente aliado.[23]

La hipótesis formulada en este trabajo no coincide con los planteamientos centrales de la tesis del *liberalismo total*. En este trabajo se parte del supuesto de que la Guerra del Golfo fue un conflicto *global* novedoso, que exige un análisis riguroso, y que no puede ser simplificado como exclusivamente económico, aunque también resulta acrítico su identificación con esquemas teóricos clásicos, como si fuese una guerra exclusivamente política. Nuestro objetivo es contribuir a la elaboración de nuevas categorías analíticas.

Estados Unidos y las guerras no-políticas

Los planteamientos de Clausewitz están en desacuerdo con el pragmatismo estadunidense,[24] que sostiene que las guerras no son, o no deberían ser, consideradas un acto político. De acuerdo a la tradición pragmática de ese país, la guerra es un fenómeno militar, que debe ser "legitimado" con criterios morales, no políticos. Se considera un error el pensar que la guerra es política y prueba de ello es Vietnam. En esa guerra, según afirman diferentes autores, hubo una total subordinación de los militares a consideraciones políticas. Eran los políticos los que decidían en cuanto a las estrategias militares, el momento y la forma de aplicarlas. Entre sus fallas se destaca, por ejemplo, el uso gradual de la fuerza bélica, debido a que políticamente no se podría "justificar" un ataque masivo y rápido, que hubiera sido muy sangriento.

Según el politólogo estadunidense W. Schneider,[25] la lección de síndrome de Vietnam fue que Estados Unidos no puede luchar guerras limitadas para obtener ventajas políticas. Se pelean, afirma dicho autor, guerras totales por victorias totales. Una situación muy distinta fue la Guerra del Golfo. El presidente Bush dejó la guerra en manos de sus estrategas militares, muchos de ellos veteranos de Vietnam. La Casa Blanca asumió sólo la parte pública, la parte política para legitimar la guerra. Por lo tanto, la exitosa Guerra del Golfo sería la confirmación de la lección de Vietman.

En la guerra contra Irak, la administración Bush proporcionó a la opinión pública una justificación "moral" para la guerra: no se habló de petróleo, sino que se planteó en términos de defensa de la libertad,

[23] Silva y Sjögren sostiene que los políticos estadunidenses se equivocaron al suponer que la principal preocupación se deriva de la penetración japonesa en el mercado de Estados Unidos, el peligro, afirman estos autores, emerge de la Europa unificada. M. Silva y B. Sjögren, *op. cit.*, pp. 55-56.

[24] *Cfr.* Orozco, J.L., *La revolución corporativa*. México, Hispánicas, 1987, pp. 181 y ss; J.L. Orozco, "El pragmatismo internacionalista norteamericano", *Revista de Derecho Público*, vol. 1, núm. 118, 1990, pp. 5-28; J.L. Orozco, "Del pragmatismo y la política exterior norteamericana", *Relaciones Internacionales*, vol. XII, núm. 47, 1990, pp. 18-21.

[25] Schneider, W., "Politicizing the Persian Gulf Victory", *National Journal*, 16 marzo 1991, p. 674.

de la ecología, de la seguridad de Israel, de la soberanía de Kuwait y, sobre todo, de crear un *nuevo orden mundial* (del nuevo capitalismo global poshegemónico), ante el fin de la Guerra Fría y el colapso del socialismo.

El pensamiento pragmático estadunidense es anti-intelectual, plástico, pluralista, informal y anti-político, hecho que se expresa en la desconfianza en los procesos políticos y en la credibilidad en la economía de mercado, elementos que corresponden orgánicamente a la tesis del *liberalismo total* y la definición del nuevo tipo de *guerras globales* como exlusivamente económicas.

El pragmatismo es contrario a la especulación filosófica abstracta, que no tiene una clara relación con la vida diaria. Es precisamente la vida política el campo en donde mejor se expresan las tendencias pragmáticas de Estados Unidos, enfocadas a lograr objetivos *"here and now"* y sin connotaciones ideológicas. J. Orozco explica el pragmatismo en la política exterior norteamericana en los siguientes términos:

> "La categoría traduce al realismo político y económico bajo condiciones de pluralidad y de transnacionalización, denota la capacidad de respuesta entre espontánea y oportuna a la que sólo guían el sentido común y la buena fe empresarial. La denotación omite sin embargo los complejos dispositivos de organización y disciplina nacional que hacen que el pragmatismo opere con *funcionalidad* e *intencionalidad* desde los años en los que... el complejo institucional y cultural norteamericano se adecua a la internacionalización de sus mayores unidades particulares de capital...
> Aceptar al mundo *tal y como es*, no supone plegarse desnudamente a lo fenoménico-plural y a la antropología miope del interés: más que innovador (o profanador) total, el pragmatismo queda como el *desacralizador selectivo* que valida o invalida, relativiza o dogmatiza, activa o desactiva las instancias políticas e ideológicas interiores y exteriores bajo criterios de oportunidad y redituabilidad"[26]

Esta honda raíz pragmática convierte a la guerra en un ejercicio estratégico y tecnológico, que debe ser dejado en manos de los profesionales: los militares, al margen de la intervención perturbadora de los políticos. En este contexto resulta significativo el manejo que el gobierno de Estados Unidos ha hecho de la Guerra del Golfo. Se dejó actuar libremente a los militares. Dicha guerra fue un "éxito" de pragmatismo, a tal grado que se espera que la "no politización" del conflicto tendrá un efecto directo en las votaciones de 1992: a la población norteamericana le gustó que esa guerra fuese mantenida al margen de la política *(sic.)*[27]

Según una encuesta de la Organización Gallup,[28] al concluir la guerra, el 85% de los estadunidenses encuestados expresó su confianza en los militares, mientras que sólo el 30% de los entrevistados manifestó su confianza en los políticos. La Guerra del Golfo *no* logró incrementar la confianza en el proceso político, por el contrario, dicha victoria fue identificada por la opinión pública local como el fin del síndrome de Vietnam, o sea como la superación del fracaso de una guerra política. Generó confianza en lo que Estados Unidos puede lograr al margen de la política y despertó la conciencia de que la expresión del interés nacional (de los "valores morales") puede tomar formas militares exitosas. Es indudable que lo antes dicho puede provocar peligrosas consecuencias.

Después de la Guerra del Golfo surgen grandes interrogantes: en cuanto a la relevancia o declinación del valor de las fuerzas militares en la naciente realidad mundial del siglo XXI, en cuanto al desplazamiento (real o aparente) de la política como núcleo estructurador del orden mundial y en cuanto a la naturaleza de la guerra.

Vivimos una fase calificada como la poscrisis del Golfo, en la cual las consecuencias reales y las dimensiones significativas de la guerra, que ya empieza a ser concebida como innecesaria, aún no pueden ser valoradas. Terminó la fase bélica, pero el conflicto dista mucho de haber sido resuelto, los problemas de seguridad siguen vivos: el conflicto entre Israel y los palestinos, la inestabilidad política en Turquía, el problema kurdo, la desconfianza occidental hacia el gobierno de Irán y de Siria y sobre todo la definición de la zona más neurálgica (Irán, Irak, Siria) en términos de la denominada nueva lógica geoeconómica o sea del nuevo reparto del mundo. Dicha guerra tal vez aportó más caos e inestabilidad a la zona que "soluciones". Despertó conflictos sociales latentes, complejizó añejas contradicciones y estimuló extrañas alianzas políticas.

Cuando se habla de la Guerra del Golfo por lo general se pone de relieve lo que para Occidente (en especial para Estados Unidos) y para la Unión Soviética puede significar dicha guerra. En este terreno, aún incierto, emerge dicha guerra como un parteaguas en la historia del siglo XX. Alteró de manera irreversible la definición de la guerra convencional, en la que se agigantó el mito de la *high*

[26] Orozco, J. L., "Del pragmatismo y la...", p. 18.

[27] Schneider, W., *op. cit.*; B. Mc. Cartan, *op. cit.*,; "A Post-War Economic Round Table", *Management Review*, 1991, pp. 11-21; S. Melman, "Military State Capitalism" *The Nation*, núm. 125, 1991, pp. 666-667.

[28] Schneider, W., *op. cit.*

tech, propició la génesis de un nuevo paradigma militar en la política mundial de Estados Unidos y demostró la incapacidad explicativa de los viejos esquemas de interpretación de la realidad internacional.

El viejo orden mundial se resiste a morir

Estados Unidos saborea una victoria militar tan dulce como el fin de la Segunda Guerra Mundial. La del Golfo fue una guerra que gozó de la simpatía de una gran parte de la población estadunidense (y europea) y hay varios elementos, de difícil lectura, que podrían dar una validez relativa a la tesis de que fue una guerra que tuvo como objetivo solucionar conflictos de naturaleza económica.[29] Sin embargo, es en el nivel político en el que la Guerra del Golfo adquiere sus dimensiones más profundas.

D. Morrison[30] afirma que, a juzgar por la retórica de la administración Bush, podría pensarse que en los 42 días de guerra se combatió a Ho Chi Minh de Vietnam y no a Saddam Hussein de Irak. Bush, entre otros altos funcionarios, afirmó que el síndrome de Vietnam fue enterrado en las arenas del desierto de la península arábiga. La Casa Blanca ha puesto un gran énfasis en la muerte del síndrome de Vietnam, lo que indudablemente expresa un fenómeno político (no económico ni militar), vinculado con su imagen interna y mundial como gran potencia: en estos términos, habría recuperado su credibilidad como poder hegemónico mundial, habría recuperado su capacidad de control y de dirección política.

El aspecto más sobresaliente, de naturaleza política, constituye la definición oficial del objetivo de la guerra: crear el *nuevo orden mundial* de la posguerra fría. En ese objetivo se sintetizan los elementos cualitativos que determinan a las *guerras globales*, esencialmente políticas. Lo que estaba en juego en esa guerra era el control de esa zona estratégica, en donde el ejercicio hegemónico de Estados Unidos estaba cuestionado por diversos intereses y no sólo por Irak, cuyo gobierno probablemente era el más vulnerable y por lo tanto el mejor objetivo militar de Washington en la zona, para proyectar una imagen de fuerza político-militar.

En el plano histórico, el vencedor en el campo de batalla en las *guerras globales* nunca ha sido el triunfador en términos políticos a mediano y largo plazo. Son decisivos entre otros, elementos como la capacidad productiva (interna) antes y durante la guerra, los niveles de endeudamiento para costear los gastos bélicos, sobre todo en comparación con otros Estados que sin participar en la guerra en forma directa (o con una participación marginal) tanto durante la guerra como a corto plazo hayan podido fortalecer su capacidad productiva y hayan sido capaces de manejar sus finanzas.

La revolución científico-tecnológica y la prolongada ausencia de guerra internacional (desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta 1991) favoreció la estructura económica y tecnológica de diversos países, en especial de Japón, de los Cuatro Tigres asiáticos, de Canadá y de Europa occidental (en especial de Alemania), que incrementaron sus capacidades productivas y tecnológicas, sin tener que desviar capital a gastos militares, mientras que el contexto de la Guerra Fría, que constituyó una forma de "paz belicosa", de paz por el terror,[31] durante cuatro décadas Estados Unidos mantuvo en niveles muy altos su presupuesto de defensa y un gigantesco *establishment* militar.

Estos cambios en la estructura productiva internacional y las revoluciones en Europa del este aceleraron el cambio profundo en el equilibrio de

[29] Aunque no hay por el momento cifras oficiales, D. Morrison sostiene la hipótesis de que con base en el apoyo financiero proporcionado por Arabia Saudita, Kuwait, los Emiratos Árabes, Alemania, Japón y Corea del Sur, es probable que Estados Unidos no haya gestado una suma de dinero importante. Fue una "guerra barata" *(sic.)*. Por otro lado, tuvo un efecto en principio positivo para la economía de Estados Unidos, gracias a un manejo pragmático contribuyó a reactivar la economía (al menos por el momento):

—Al inicio de la crisis (agosto 1990), de hecho la economía de Estados Unidos sufría una recesión, que afectaba la confianza y la capacidad de consumidores y de inversionistas, fenómeno acentuado con el inicio de la crisis y sobre todo con el estallido bélico. Pero el rápido triunfo militar despertó la confianza de consumidores y sobre todo de inversionistas,

—gran parte de las armas utilizadas en la guerra eran de fabricación estadunidense, con un beneficio claro, hecho que estimuló el mercado de armas norteamericano, las cuales incrementaron su precio y creció su demanda y su "prestigio". Es importante señalar que algunos estudios van en contra de esta percepción, afirmando que la guerra acentuó la dependencia en importaciones de materias primas y de tecnología para la industria bélica local,

—el pago a excombatientes incrementó la demanda (consumo) en el mercado interno,

—"por gratitud" *(sic.)* y por un dólar "de fácil acceso", el empresario J.W. Duncan sostiene que se espera que en gran medida la reconstrucción de Kuwait sea realizada por empresas norteamericanas.

Estos aspectos subrayan el hecho de que ese conflicto fue un parteaguas, con la génesis de una nueva forma de guerra global, que expresa el nexo tan complejo y específico que asume hoy la economía y la política. *Cfr.* D. Morrison, "Pick your wars with care" *National Journal*, 16 de marzo 1991, p. 668; "A post-war ..."; S. Melman, *op. cit.*; J.C. Renaud, "Security and Energy in the Postcrisis Period", *NATO Review*, vol. 39, núm. 1, 1991, pp. 21-23; P. Schweizer, "The Soviet Military Goes High-Tech", *Orbis*, vol. 35, núm. 2, 1991, pp. 195-205; B. McCartan, *op. cit.*; E. Kedourie, "Irak: the Mystery of American Policy", *Comentary*, vol. 91, núm. 6, 1991, pp. 15-19.

[30] Morrison, D., *op. cit.*

[31] Aron, R. D., *op. cit.*, p. 211.

poder internacional, que indudablemente estará influido por las consecuencias del conflicto en el Golfo. Estados Unidos quiso proyectar una imagen de superioridad y fuerza, cuando su economía interna registraba una recesión desde comienzos de 1990 y su posición en la economía internacional se había deteriorado en forma notable.

Aunque se afirmaba que dicha guerra acentuaría los problemas económicos de Estados Unidos y podrían beneficiarse terceros países como Japón y Alemania, las tendencias relevantes a corto plazo son contradictorias y a veces incomprensibles, al orientarse hacia un declive (relativo) de Japón, que podría perder su posición predominante en la economía internacional para asumir un relativo equilibrio frente a las economías de la Triada; hacia la recuperación de Estados Unidos en la escena internacional, aunque algunas fuentes sostienen un notable debilitamiento de su estructura productiva y tecnológica con una extraordinaria vulnerabilidad por la dependencia de importaciones de su industria militar; hacia el nuevo reparto del mundo en tres bloques y, por último, conforme la Triada se desarrolle en zonas competitivas, se incrementarán los riesgos de conflicto armado para la periferia capitalista.

Estas tendencias son polémicas y las conclusiones derivadas de éstas son parciales y riesgosas. Las dificultades de Estados Unidos son producto de fuertes y hondos conflictos que coinciden con profundos cambios mundiales. Las consecuencias de la Guerra del Golfo pueden retardar procesos, hacerlos más complejos y de difícil lectura, pero no pueden detener la historia.[32]

Durante cuarenta años el mundo fue analizado con esquemas geopolíticos y militares, con una óptica bipolar. A partir de esos esquemas era un mundo más o menos "predictible" y confiable para lo Estados altamente desarrollados, a pesar de que se vivía al filo de la navaja: en teoría se suponía que una guerra nuclear entre la Unión Soviética y Estados Unidos podría estallar en cualquier momento. La influencia soviética en zonas neurálgicas (Medio Oriente, África) era considerada como una amenaza para la seguridad occidental en términos de recursos estratégicos (petróleo y minerales en especial).

Con el deshielo de la Guerra Fría se desvaneció el riesgo de una guerra nuclear y perdió sentido el "expansionismo soviético" en zonas estratégicas, pero no desapareció la amenaza a la seguridad en recursos estratégicos ni disminuyeron los peligros a la seguridad en la periferia, en donde incluso puede incrementarse su vulnerabilidad, crecer los problemas explosivos y registrar un ascenso en espiral la injusticia social y el desarrollo desigual.

El capitalismo global requiere de un "mundo pacífico" entendido como la disminución de riesgos de guerra armada, en comparación con la "paz belicosa" de la Guerra Fría, que estuvo cimentada en una óptica belicista. Pero ésto no implica la eliminación de las soluciones militares para resolver conflictos económico-políticos en la periferia. Probablemente incrementa la posibilidad de aplicar tales soluciones militares.

La nueva era podría ser definida a nivel de realidad mundial como una nueva forma de "paz belicosa": de guerra económica prolongada (guerra económico-comercial), en donde los criterios estratégicos se trastocan y la definición de seguridad y del "enemigo" del capitalismo global se diluyen en las aguas fangosas de tesis despolitizadas, descriptivas y que celebran el triunfo del capitalismo de fin de milenio.[33]

Vivimos un proceso de profundos cambios en la realidad mundial, que exige la reconstrucción crítica de instrumentos teóricos y metodológicos para analizar la realidad actual, cuyo núcleo es dialécticamente economía y política al mismo tiempo, en un nexo complejo, orgánico e indisoluble. Sin embargo, es en la esfera de la política en donde madura la percepción de los conflictos y en donde nace la voluntad (política) para resolverlos.

[32] "Para muchos de los sectores de la sociedad norteamericana, el más importante reto para su política exterior no provendrá ya más de la amenaza militar soviética, sino de aquellas que esta forjando la nueva revolución industrial y tecnológica, como el caso de Japón. Para Japón, el viejo clima de subordinación de la política de los Estados Unidos está siendo trastocado, aun sin desearlo mucho, por su nuevo poder financiero y tecnológico", V. López Villafañe, "La formación de las nuevas hegemonías (un panorama actual de las relaciones entre Japón y Estados Unidos)", *Relaciones Internacionales*, vol. XII, núm. 47, p. 80.

[33] "¿Hasta cuándo será posible mantener la ficción del consenso ideológico sobre la bondad del modelo noeoliberal y su filosofía ultraindividualista entre clases gobernantes dominantes y subordinadas, frente a los reclamos sociales enderazados contra estas últimas?" H. Cuadra, *op. cit.*, p. 27.